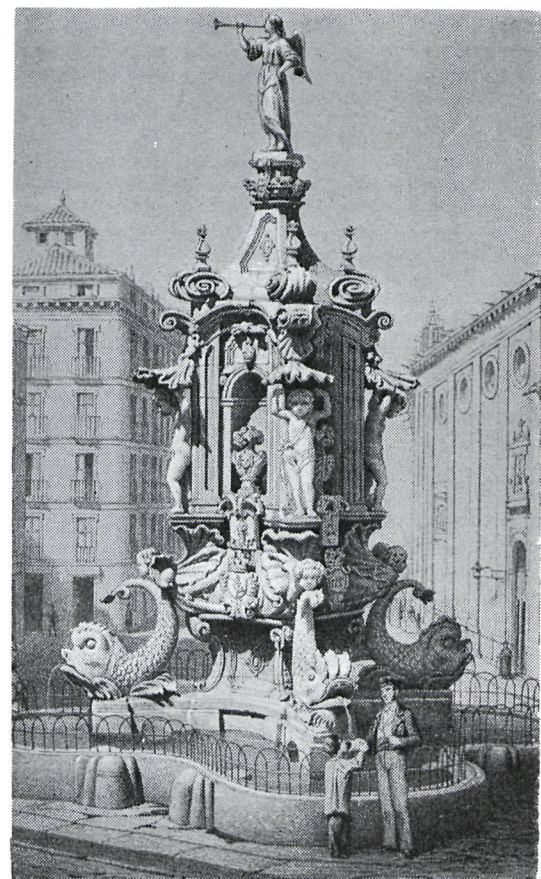
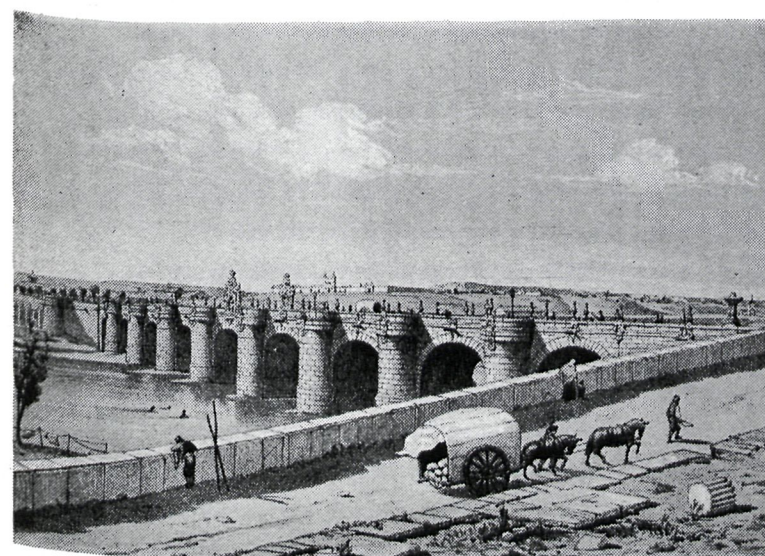


MADRID Y SU PROVINCIA



POR FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

“perros infieles” al lado zurdo del Vallejo de San Pedro, amudejarándolos, y se trajo al altozano diestro a los “experros cristianos”, desmorazabiéndolos; decidió que fuera declarada Patrona Celestial de *Magerit* aquella Santa María cuya imagen había surgido de la muralla de almodena (fortaleza) como surgió, siglos después, el Comendador ante don Juan Tenorio; y se largó del lugar, dejando ya nacido al que había de ser intercesor santo de la Villa: el labrador Isidro, inventor de los convenios laborales, sino que con los ángeles labrantines.



En 1202 don Alfonso VIII le concedió Fuero propio y en bastante buen uso. En 1309 don Fernando IV organizó sobre el escenario matritense una solemnísima función titulada: *Las Cortes del Reino* (que se reprisaría ya casi todos los años). En 1346 don Alfonso XI le organizó un Consejo perfectamente estructurado. Y desde el reinado de don Alfonso VII “el Emperador” (¿de qué?) hasta el de los Reyes Católicos (ardiente ella, menos que tibio él), todos los monarcas fallaron a favor de los madrileños los pleitos en que éstos se las tuvieron tiesas a los segovianos, que pretendían derechos sobre todas las tierras que llegaban hasta... las mismísimas narices de Madrid. Don Enrique III amplió y *apalació* el Alcázar, y alapó a Madrid un apéndice delicioso y poético: el Real Sitio de El Pardo. Los Reyes Católicos, doña Isabel (tan querida de los castellanos y leoneses) y don Fernando (tan desamado de unos y otros), se venían a Madrid con frecuencia a formar tribunal tan alto como bipersonal, y sin derecho posible de casación contra sus sentencias, que repartiera la justicia a quienes la merecieran. Don Carlos I (que fué más emperador por España que por Alemania) concedió a Madrid un escudo impresionante, coronado imperialmente y acollarado por el toisón de oro.

Y don Felipe II, a la chita callando, convirtió a Madrid, sin palabras ni letras impresas, en capital de España, por esa *chiripa* que fué El Escorial. Y Madrid, desde 1561, se convirtió en ombligo de España y eje del mayor imperio conocido hasta hoy. Ya puestas las cosas así, ¿cómo podía ocuparse la Villa y Corte de las provincias que por entonces empezaban a dar razón de existencia propia, con límites perfectamente señalados? Eso sí: cuando desde el reinado de don Felipe II los reinos hispanos de la vieja piel de toro ibérica se iban minimizando en regiones, y éstas en provincias, Madrid ya le tenía *echado el ojo* a la que quería fuera su *provincia*; la cual, por cierto, presentaba unos límites tan patentes y lógicos como pocas otras. Al Norte, la Sierra Carpetana, entre los puertos (entradas y salidas naturales) de Somosierra, Navacerrada y el —hoy— de los Leones de Castilla. Al Este, los cursos del Henares, Jarama y Tajuña. Al Sur, la rúbrica del Tajo. Y al Oeste, la cuenca del río Cofio y las súbitas invasión alegre y fuga cobardona del Alberche, ya despojado de sus mejores caudales, como *isidro* palurdo en fiestas matritenses. Dentro de estos bien marcados límites naturales —y ya oficiales— varios puntos esenciales y de gran jerarquía geográfico-histórica. Al Norte, El Paular, Manzanares el Real y Buitrago, los castillos más encastillados y ricos y las aguas potables más frescas y saludables de la provincia. (¡Que lo diga Lozoya!). Al Este, Alcalá de Henares, Universidad, Biblia Complutense y... ¡Cervantes! Al Sur, Real Sitio de Aranjuez, abrazado por una naturaleza feliz, enriquecido lo mismo por Austrias que por Borbones. Al Oeste, el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial... (¡Casi nada,



EN el principio, históricamente, Madrid era nada. Por no tener no tenía ni nombre. Era el lugar equis de la comarca zeta de la Carpetania. Ahora bien, geográficamente, Madrid era algo. Tenía un río relativamente caudaloso y sin relatividad limpio y rumoroso; y un bosque relativamente amplio, y sin relatividad prieto y bien nutrido de caza mayor y menor; y un cielo alto, terso, como de papel de seda tirante y bien entonado; y un aire sutilísimo, dispensador de pulmonías y que, sin embargo, no apagaba un candil; muchísimas venillas fluyentes de aguas salutíferas y de composición bien distinta, entre calinas y ferruginosas; y una configuración geológica dividida en media docena de barranquillas y un centenar de jorobillas, a doble perspectiva como las del ilustre y jorobado don Juan Ruiz de Alarcón; y cuatro o cinco centenares de habitantes que entreveraban en su modesta genealogía bastardías de estirpes íbera, latina y visigótica; y... paren ustedes de contar.

En el Madrid anterior al siglo IX nadie pensaba en lo que aconteciera fuera de los límites que abarcara la vista más esclarecida, puesta una mano como visera o toldillo (para distinguir mejor) y colocado el observador en el pezón de la jorobilla más eminente, ya fuera donde hoy se alza macizo el Real Palacio, ya donde se contonea, aladrillado y abigarrado, el Seminario de San Dámaso. Total: que el Madrid, que aún no era Madrid, formaba un mundo de cuatro o cinco leguas a la redonda.

Comprenderán ustedes, lectores míos, que aquel Madrid nada sabía de circunscripciones provinciales ni, por supuesto, de las más amplias regionales (que por entonces no las había) y nacionales (que por entonces sumaban sus piezas de rompecabezas en las inconcretas lindes de media docena de reinos) Madrid era, pues, ¡tan poquita cosa!, que no podía preocuparse sino de cazar, pescar y sembrar, ganán-

dose así el condumio de cada día, para cada quisque, y de fabricar unos cuantos útiles caseros de lo más vulgar y grosero que puedan imaginarse ustedes. Pero a partir del siglo IX, a Madrid se le fueron complicando las cosas rápidamente y, como familiarmente se dice, “sin comerlo ni beberlo”, “sin cómo ni por qué”. ¡Santo Cielo, qué impresión de su perspectiva urbana y rural, y de su jerarquía social ha tenido siempre Madrid, cuando menos las esperaba!

Hacia el año 880 —año menos o año más—, Mohammed I, quinto emir independiente de Córdoba, llegó al lugar equis de la comarca zeta de la Carpetania, y echó a los “perros cristianos” del altozano de la derecha del Vallejo de San Pedro (calle de Segovia, conforme se busca el río), ubicándolos en el altozano del lado zurdo; levantó sobre la alta peana un alcázar muy estimable y lo rodeó de dos muy gruesas murallas paralelas de sube y baja, empinadas o abarrancadas, y decidió que el lugar equis de la comarca zeta fuera llamado *Mayrit* (que no era nombre desdeñable y que significaba algo así como “nutrido en aguas fluyentes”).

En el año 1083, un rey cristiano, relativamente, y más de boquilla que de hechos, don Alfonso VI, reconquistó *Mayrit*, lo confirmó como *Magerit* (que quiere decir lo mismo, sino que en castellano sin desbastar); echó a los

que, por ahora, quiere decir casi todo!) Puntos *claves* no sólo de la capital y su provincia, sino de todo el imperio español, de año en año más mermado, y resulta obvio añadir que para la nación entera. Porque conviene advertir que desde el siglo *xvi* a Madrid nadie le gana, dentro o fuera de España, en la efectividad y en la fecundidad de su *Fábrica de Historia Patria* "con vistas" a la universalidad.

Pero como quien escribe historia o de historia ha de ser veraz y puntual, declaro aquí que desde 1561 a 1936 Madrid fué sólo un explotador —digámoslo en crudo término castizable— en chulo de su provincia. Los Reales Sitios utilizábalos para su regodeo traducido a cincuenta idiomas y el del turismo provinciano y extranjero. Y las huertas, los ríos, los embalses, las maravillosas aguas serranas, los paisajes austeros o amenos..., para su mantenimiento corporal y recreo y expansión de su arte pictórico (ya catalogado rigurosamente por Velázquez y utilizado borrascosamente por don Paco Goya). Pero, ¡ah!, llegó el año 1939 y... ¡cómo cambian los tiempos, los problemas y las necesidades!

A partir de 1939 Madrid empezó a sentirse agobiado, congestionado, afofado, a punto de asfixia. Y es que empezaron a caer sobre la capital, aún villa, pero ya ex-Corte, cientos de miles de españoles procedentes de provincias limítrofes, depauperadas y menesterosas; de alejadas provincias igualmente demandantes de una mejor oportunidad para coexistir. Y... ¿qué podía hacer Madrid sino crecer y ensancharse, víctima de una incurable elefantiasis? Barrios ampliados al mal tun tun. Barrios nuevos agregados desde las treinta y dos puntas de la Rosa. Zonas residenciales presumidas. Zonas aburguesadas con pretensiones. Zonas achaboladas con desvergüenza. ¡Todo inútil! Madrid se iba aglobando sin remedio, balanceándose entre lo insólito y lo increíble. Fué entonces cuando "como tabla de salvación" recordó a su provincia, tan de su gusto, tan hermosa y dista en sí misma, en cualesquiera de sus partes. Sí, ya no podía permitirse tomar de ella, de arriba abajo, lo que más le placiese, honrase y necesitase; muy al contrario, su egoísmo le exigía volver la oración por pasiva: ¡era su provincia su única razón de ser y de subsistir... sin apearse de su grandeza!

Y... ¿qué dirán ustedes, lectores míos, que empezó a hacer Madrid? Dar lastimosos y quejicosos alaridos, encomendándose cada día a su provincia, así: "¡Sálvame! ¡Tú solamente puedes salvarme! ¡Voy a estallar! ¡Dame limosna de tus tierras! ¡Permíteme que saque muchos puntos a mi cinturón! ¡Déjame que me anexe algunos de tus pueblos, esos que están precisamente a mis puertas y como ya cogiditos de mis manos! ¡Tú, provincia mía, eres como mi Banco de España, como mi Casa de la Moneda; más aún, como mi razón de Estado!"



Ignoro qué ni cómo contestó a Madrid su hermosísima y sufrida provincia. Pero todos sabemos cómo Madrid, tan terne, ha ido anesionándose los pueblos más próximos: Leganés, Aravaca, Fuencarral, Hortaleza, Villaverde, Vallecas, Vicálvaro... ¡Y... lo que te rondaré, morena! En otros pueblos más lejanos y ricos ha implantado —con frialdad administrativa— eso que ahora denominan "polos de desarrollo" y que me parece —y si así no es que Dios me lo demande—, fórmulas muy cucas para preparar futuras anexiones y para, por el pronto, sacudirse las moscas más pelmazas. Pocas provincias españolas tan variadas en sí mismas, con tan dispares bellezas y seducciones como la de Madrid, en la que, cual un resumen de la asignatura, se dan todos los paisajes y los climas de España; provincia, sí, llanera y serrana, pinariega y encinariega, rica en ríos y embalses, abundosa en riscos fantasmales y en fantasmales castillos, de alegres valles y de callejones pedernales, de flora natural que hace de la humildad paleta de colores velazqueños y pomos de aromas de ensueños líricos. Y Madrid capital, el pícaro y simpático Madrid lo sabe. Y ya no limita su admiración y su cuquería monetaria a El Escorial, Aranjuez, Alcalá de Henares, pantano mar maravilloso de San Juan... Ahora está, y esto es tan verdad que "va a misa", en verdad enamorado de su provincia. Sino que hay amores que si no matan pretenden el abuso a favor propio del ser amado. Sí, he de volver a lo que, por fas o nefas, Madrid chulea a su provincia. ¿Que la adora? ¡Qué duda cabe! ¿Que no la cambiaría por provincia otra alguna? ¡Es cosa que cae por su peso! Pero, ¿por qué los

grandes amores terminan siempre por devorar al objeto amado? Sino que yo, madrileño nato y neto, que tan bien y del todo conozco la provincia de Madrid, por mí recorrida palmo a palmo, boquiabierto casi siempre, me creo en el deber de advertir: "Provincia de Madrid, ¡ojo con Madrid! ¡Bastante te ha chuleado! ¡Págale su indiscutible amor con el tuyo indiscutible!, pero... ¡Date a valer! ¡Entrégale tu corazón y hasta tu economía, pero ni un palmo más de tu bella geografía!"

Porque Madrid ya le tiene puestos los *puntos de anexión* o los *polos de desarrollo* (ladino subterfugio éste para ulteriores aproximaciones geográficas) a otros varios de tus pueblos más entrañables: Boadilla del Monte, Villaviciosa de Odón, Móstoles, Pinto, Alcorcón, Villanueva del Pardillo, Las Rozas, San Fernando del Jarama (me niego a admitir el San Fernando de Henares), Pozuelo de Alarcón, Alcobendas, San Sebastián de los Reyes, Arganda, Cubas de la Sagra... Si Dios no lo remedia —y no parece quiera remediarlo, ni sea de su incumbencia el remedio—, antes de muy pocos años Madrid *se los habrá tragado*, como la boa al corderito lechal. Y, claro está, Madrid ya tendrá a sus mismas puertas a pueblos como Leoches, Brunete, Majadahonda, Torreloa, Guadix, Torrejón de Ardoz...

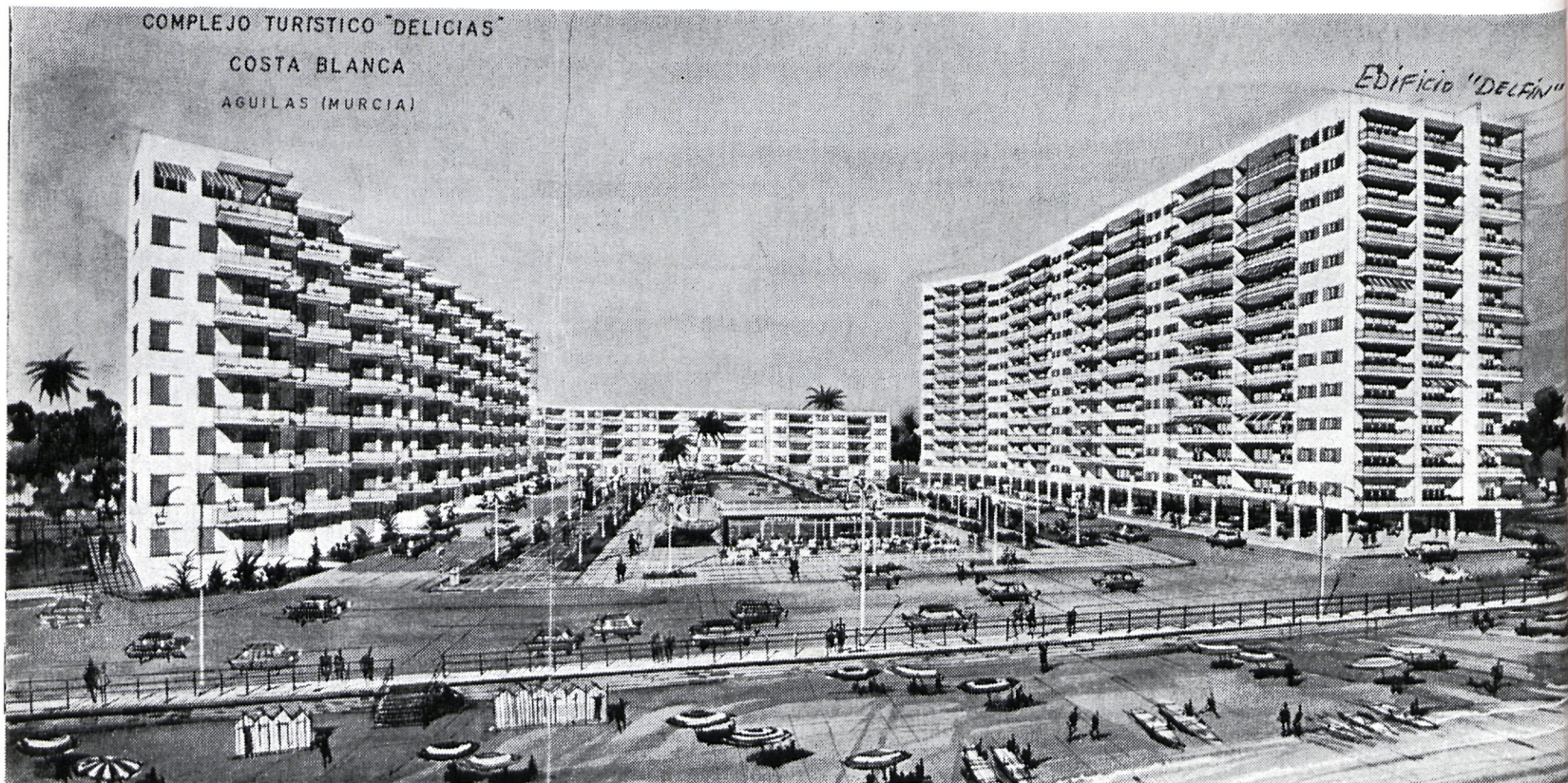
A mí, ya lo he dicho, madrileño, toxicómano irremediable de madrileñismos, pero también enamorado fidelísimo de su provincia, me duele en el alma que la antinatural, antilógica hinchazón de la capital redunde en prejuicio o pérdida de aquélla. Un palmo en que se merme esta provincia (de forma de corazón... cabeza abajo), es un

palmo que convierte su lírica naturalidad, reconfortante para el alma y el cuerpo, en un palmo de forzada, funcional y contaminada artificialidad. Porque Madrid aprendió, por imposición de una necesidad *que él no se la ha buscado*, a impurificar esos cielos, esas aguas, esos aires que otrora fueron los más admirables conocidos y por conocer, y que precisamente le proporcionaba la geografía provincial circundante.

Yo os conjuro, lectores míos, a que examinéis con atención un buen mapa de Madrid y su provincia. Si así lo hacéis, observad cómo Madrid capital se derrama sobre el mapa enseñando unos tentáculos de pulpo que, afianzado su cuerpo en el centro mismo de la provincia, y aun de España, va extendiendo sus afiladas patas ventosas en distintas direcciones, con lentitud, pero con inexorable seguridad de hacer presa. Y lo en verdad terrible es considerar que Madrid, como las restantes capitales de provincias españolas, podría subsistir devorándose a sí mismo, pero con estudiado método urbanístico. Pero ya sabéis que Madrid anda a la greña con el urbanismo lógico y ponderado; acaso porque en este urbanismo está el pecado de las muchas componendas de urbanismos desacordes; sumandos que sí sé por qué razón de tres no obtienen una suma correcta.

Repito y aviso que, si Dios no lo remedia, en el año 2000, en el 2100, Madrid y su provincia será una y la misma geografía. A las claritas, un Madrid que se ha desprovinciado.

En AGUILAS (Murcia), frente al mar, a diez metros de la playa, el Complejo Turístico "DELICIAS" le ofrece maravillosos pisos y locales comerciales con grandes facilidades de pago.



PISCINA - RESTAURANTE - CAFETERIAS - SUPERMERCADO - LIBRERIA - PELUQUERIA DE SEÑORAS - LAVANDERIA ELECTRICA
TIENDAS - CAMPO DE TENIS - BALONCESTO - DEPORTES

— EDIFICIO EN VENTA "DELFIN" - EL RESTO VENDIDO —

NO LO DUDE: SU MEJOR INVERSION EN EL MAS BELLO Y TRANQUILO PUEBLO DE NUESTRO LITORAL

INFORMACION:

AGUILAS: COMPLEJO TURISTICO "DELICIAS" - TELEF. 4110 95
MADRID: SERRANO, 212 - TELEFONOS 259 90 70 Y 259 21 20

Cada día es mayor la proporción de enfermos de corazón que pueden beneficiarse de la cirugía

LA CIUDAD SANITARIA PROVINCIAL "FRANCISCO FRANCO" HA FIRMADO UN ACUERDO DE MUTUA COLABORACION CON EL INSTITUTO DE CARDIOLOGIA DE MONTREAL

ESTAS INSTALACIONES, POR SUS CARACTERISTICAS, SON LAS MEJORES DOTADAS DE NUESTRO PAIS.

DESPUES de Santo Domingo, es ahora Madrid quien se beneficia de la rica experiencia adquirida por el personal del Instituto de Cardiología de Montreal.

En el mes de mayo de 1972, el señor Paúl A. Embregts, presidente del Consejo de Administración, firmaba un acuerdo interpuesto entre el Instituto de Cardiología del Montreal y la Diputación Provincial de Madrid. Este acuerdo permitirá el desarrollo acelerado de un centro cardiovascular en la Ciudad Sanitaria Provincial «Francisco Franco» de Madrid. En el citado acuerdo se establece igualmente un programa de colaboración entre las dos instituciones para la puesta en común de los conocimientos científicos y la difusión de éstos en una revista de ámbito internacional.

El Gobierno de Québec por medio de sus Ministerios de Asuntos Sociales y de Asuntos Intergubernamentales ha respondido a la llamada del iniciador del proyecto, el Dr. Pierre Grandin, disponiendo una subvención y ofreciendo asimismo los servicios de un elevado número de miembros de ambos Ministerios. La Facultad de Medicina de Montreal participa igualmente en este proyecto.

La primera etapa de este proyecto consiste sobre todo en la formación del personal, requerido para el funcionamiento de un centro de cirugía cardiovascular. Con este fin, varios médicos, técnicos y enfermeras realizarán periodos de formación en el Instituto. En el curso de su estancia en Montreal, estas personas adquirirán una especialización bien definida y se familiarizarán con las técnicas empleadas en el centro. Del mismo modo está previsto que miembros del Instituto, de diferentes disciplinas, vayan a Madrid y permanezcan allí algunas semanas a fin de colaborar en la aplicación de sus métodos y aprovechar los conocimientos y las realizaciones españolas en este campo.

Esta operación se desarrollará a lo largo de un periodo máximo de cinco años y su buena marcha está asegurada por una comisión mixta formada por miembros de Montreal y de Madrid que representan a los diferentes grupos implicados.

Esta comisión se ha reunido en el mes de noviembre en Madrid. Los resultados del primer año han sido evaluados y el programa de 1973 ha sido establecido. Las intervenciones quirúrgicas han comenzado ya y la experiencia adquirida por ambas partes es destacable. Este acuerdo constituye un maravilloso lazo de unión entre la cardiología de Montreal y la de Madrid.

